

LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA

(CONTINUACION DE EL ECO DE LA VETERINARIA).

Se publica tres veces al mes. Director: D. Leoncio F. Gallego (Pasión, 1 y 3, 3.ª derecha-Madrid)

PRECIOS DE SUSCRICION

Lo mismo en Madrid que en provincias, 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre, en Ultramar, 80 rs. al año. En el Extranjero 18 francos tambien por un año.—Cada número suelto, 2 rs.
 No se admiten sellos del franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aún en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administración no responde de los extravíos; pero abonando siempre en la proporción siguiente: 11 sellos por cada 4 rs.; 16 sellos por cada 6 rs.; 27 por cada 10 rs.;

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION

En Madrid, en la Redaccion, calle de la Pasión, números 1 y 3, tercero derecha.—En provincias: por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion libranzas sobre correos ó el número de sellos correspondiente.
 NOTA. Las suscripciones se cuentan desde primero de mes.—Hay una asociacion formada con el titulo de LA DIGNIDAD, cuyos miembros se rigen por otras bases. Véase el prospecto que se dá gratis.—Todo suscriptor á este periódico se considerará que lo es por tiempo indefinido, y en tal concepto responde de sus pagos mientras no avise á la Redaccion en sentido contrario.

PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA.

La epizootia del ganado asnal en Riudoms (Tarragona).

Sr. D. Leoncio F. Gallego.

Muy señor mio y amigo: Con sentimiento he leído en el periódico LA VETERINARIA ESPAÑOLA que usted dirige, que no ha sido solo este pueblo el en que ha hecho estragos la epizootia de la cual dá V. algunos pormenores.

La gravedad del caso me obliga á publicar un ligero bosquejo, por si con él puedo dar alguna luz y contribuir al esclarecimiento de la duda que se observa en cuantos escritos han llegado á mis manos y que hacen referencia á la enfermedad que me ocupa.

En obsequio á la brevedad y sin omitir ningun dato importante, haré una sencilla historia de todo lo que he tenido ocasion de observar.—Es inútil advertir que no todos los enfermos han presentado la misma gravedad; pero para la mejor inteligencia, me apresuro á manifestar que el tipo tampoco ha sido igual en todos los atacados. Unos se han presentado con sintomas de *pulmonia*; otros con los de *bronquitis*; estos, han sido pocos, pues que el número no ha excedido de 15; aquellos, los más. Para evitar repeticiones presentaré la *epizootia* con sus caracteres generales, hablando en comun tambien del tratamiento; proseguiré con algunas observaciones *tipos*, y terminaré esponiendo mi opinion al fallo de mis ilustrados compañeros.

ANAMNÉSTICOS.

Los dueños de los animales enfermos, al avisarme, solo decian que pasara yo inmediatamente á su casa, porque el asno, ó burra de su propiedad «tosja», que comia poco ó rehusaba por completo los alimentos y que tenia ijadeo más ó menos fuerte. En los cuatro ó seis primeros casos que se me han presentado he procurado indagar la causa, preguntando á los dueños á qué clase de alimentacion y ejercicio habian estado sometidos los enfermos; pero las contestaciones me

obligaron bien pronto á recurrir á otro manantial para explicarme cual deberia ser el origen de tan calamitosa afeccion.

ETIOLOGÍA.

Cuando principiò la epizootia estaba yo indeciso sobre si la enfermedad era consecuencia de trabajos excesivos ó de haber comido los enfermos garrofas recién recolectadas; pero la experiencia me demostró no ser estas las causas, pues he tratado enfermos que no habian probado garrofas de dicha clase, ni habian estado sometidos á ejercicios violentos. Es de notar tambien que la enfermedad ha sido más benigna en los animales sometidos ordinariamente á un trabajo moderado.

Generalmente, los labradores de este pais son por demás asiduos y laboriosos, no se cansan de trabajar, y exigen tambien de sus domésticas fatigas sobrado penosas.....

Desde el mes de Octubre del año proximo pasado (1875) hasta la fecha, han tenido lugar cambios atmosféricos, jamás observados en este pais: la primavera, comúnmente tan apacible, puede asegurarse que fué continuacion del invierno; de modo, que estábamos á últimos de Junio del corriente año y el frio todavía se dejaba sentir con mucha intensidad. Desapareció como por encanto el frio, entrando bruscamente á imperar el calor, en tales términos, que fué muy temida una grave epidemia, adelantándose algunos á decir—no sé si por pusilanimidad—que en Barcelona hubo algunas defunciones.

En el mes de Julio, tambien del corriente año, el tiempo estaba caluroso, tanto, que los labradores y á ciertas horas del dia se vieron en la imprescindible necesidad de abandonar sus habituales faenas y librarse de los rayos del sol dentro de las masias ó protegerse en el ramaje de los árboles, lo que tuvieron que verificar de tres á cinco dias: uno de estos al anochecer (1) se presentó de repente un viento tan fuerte y tan caliente, que obligó á los vecinos todos

(1) No recuerdo de fijo la fecha.

de esta villa á retirarse inmediatamente á sus casas y sin dejar en ellas ninguna ventana abierta por via de precaucion:—dicho viento, en Cabrils y otros pueblos inmediatos, fué huracanado, causando grandes perjuicios.—A últimos de Setiembre hubo otro cambio atmosférico, consistente en una rápida disminucion de temperatura, haciéndose sentir el frio tanto, y sus consecuencias fueron de tal trascendencia, que no dudo al afirmar que los animales domésticos del ganado asnal que no estuvieron bien cuidados, contrajeron la enfermedad entonces.

No se crea por lo que últimamente acabo de sen-
tar, que atribuyo únicamente al frio la causa de la enfermedad: esta cuestion la desenvolveré más adelante. Interinamente y reasumiendo la etiología de la enfermedad, me limitaré á consignar que ha sido producida por *cambios atmosféricos* no observados en esta comarca.

SINTOMATOLOGÍA.

El mayor número de los animales atacados de la enfermedad epizootica que me ocupa, se han presentado, más ó menos, con los síntomas siguientes:

Prostracion general á diferentes grados pronunciada, segun la gravedad de la afeccion; cabeza baja; pulso en unos fuerte y tenso (arteria), en otros apenas perceptible; párpados retraidos, relativamente tambien á la intensidad del mal; boca caliente; membranas aparentes inyectadas, rojizas ó pálidas, siempre en relacion con el pulso; lengua más ó menos saburrosa; aire espirado caliente; tos muy frecuente en el primero y segundo periodos de la enfermedad, seca y sonora durante el primer periodo, adquiriendo blandura y facilidad en el segundo y tercero, en un principio sin deyeccion narítica, haciéndose más ó menos abundante pasados cinco ó siete dias: dicha mucosidad, consecutiva á la irritacion ó congestion de las membranas que tapizan las vias aéreas, en unos enfermos era de poca densidad, blanquizca y abundante, en otros concreta y azulada, y en un caso fué negruzca; los ojos fijos é inmóviles; orejas bajas, calientes durante las sucesivas reacciones, frias en los ratos de calma; cuello formando arco; extremidades anteriores separadas hácia fuera y algunos las adelantaban alternativamente; frecuentes borborismos en la invasion, incremento, estado y declinacion de la enfermedad, persistiendo durante las convalecencias; dolor al comprimir las partes laterales del tórax, en uno ó ambos lados; columna vertebral inflexible, recta ó formando convexidad entre el dorso y los lomos; cola inmóvil, un tanto levantada en unos casos y caída en los más; las extremidades posteriores, unos las tenian alternativamente en semi-flexion; otros apoyaban naturalmente en ambas; un asno (que murió) se presentó con prolapso del miembro; ijadeo intenso en el mayor número de enfermos; agitacion excesiva y aspecto general que indicaba la gravedad del padecimiento. El apetito, al manifestarse los síntomas, nulo en casi todos los enfermos; cuando más, comian unas hojas de escarola, lechuga ó alfalfa, solas ó mezcladas con un manjito de paja bien trillada (ésta, algunas veces en maceracion); sed poca, prefiriendo el mayor número de enfermos el agua de malvas ó en blanco nitrada, edulcoradas ambas con miel: enfermos ha ha-

bido que por espacio de dos y algunos cuatro dias, han rehusado los líquidos en todas formas, defendiéndose sobremanera cuando me veia precisado á administrarlos á la fuerza.

Para evitar repeticiones, haré constar que dos burras de las afectadas se presentaron con enfisema general sbucutáneo, cediendo en ambas á beneficio de incisiones practicadas con lanceta, en lo cual me guiaba el objeto de dar libre salida al aire estancado, y favorecia dicha salida con ligeras presiones: al cabo de algunos dias y cuando ambas burras paseaban, desapareció la crepitacion ó ruido de pergamino, que constituye el sintoma de la complicacion citada.

DIAGNÓSTICO Y PRONÓSTICO.

Queda ya consignado que no todos los animales atacados de epizootia se han presentado con síntomas iguales, así como la distincion de *bronquitis aguda* y la de *neumonía epizootica*. De ambas afecciones me ocuparé respectivamente.—Pero, atendiendo á lo anteriormente consignado, se desprende que el pronóstico fué más ó menos favorable segun la intensidad de los síntomas.

TRATAMIENTO.

El tratamiento ha consistido en sangrias más ó menos copiosas y repetidas ó no segun la intensidad de los síntomas; en el uso del tártaro emético ó dosis proporcionales (no llegando nunca á seis dracmas por dia, como consignan algunos autores), las que no han excedido de dos dracmas por dia repartidas en dos veces, una por la mañana y otra al anoecer: he probado tambien con felices resultados (atreviéndome á recomendarlo á mis comprofesores) el *óxido blanco de antimonio* (antimonio diaforético) á las dosis de diez granos á dos y medio escrúpulos: tambien he usado en gran número de enfermos los opiados, particularmente el extracto acuoso unido á la miel y polvos de regaliz; y cuando los síntomas me indicaban energía, presagiando una terminacion funesta, recurría á la corteza de quina, alcanfor, genciana, etc.; segun el juicio diagnóstico que, atendida la gravedad de la afeccion, tenia formado.

Segun la terminacion, he recurrido tambien á la goma arábiga asociada en partes iguales al nitrato; ó bien á este y al crémor de tártaro. Es de notar que al mayor número de los enfermos, restablecido el apetito y entrados en la convalecencia, veíaseles continuar con batimiento de ijares, cuyo sintoma combatí á beneficio del ácido arsenioso á dosis más ó menos elevadas.

Los antimoniales mencionados mandé incorporarlos al agua de malvas, de cebada, comun ó en infusion de manzanilla, segun el periodo de la enfermedad, intensidad de los síntomas y, en cuanto me fué posible, segun la tendencia que los enfermos mostraban á beber de unos ú otros líquidos. He secundado el tratamiento con los revulsivos, que han obrado á mi gusto, consistentes en sedales animados en la parte anterior del pecho y vejigatorios en las nalgas. Los sedales se han suprimido, lo mismo que toda medicacion debilitante, de los seis dias de tratamiento á los catorce, con el objeto de no impedir la reaccion propia del organismo y medicatriz.

Han completado el tratamiento las friegas secas

generales continuadas desde la invasion del mal, hasta conseguir el restablecimiento completo; vahos emolientes durante el primer período; agua en blanco nitrada, de malvas ó de manzanilla, edulcoradas con miel ó sin esta sustancia, segun el deseo de los enfermos, pues siempre procuro en las afecciones del pecho no dar las bebidas ejerciendo violencia, para evitar esfuerzos y agitaciones que sólo sirven para agravar la enfermedad.— La alimentacion ha consistido en dar á los enfermos, llevando por premisa la gravedad, un poco de salvado con sal comun ó sin ella; algun puñadito de cebada, garrofas recolectadas el año anterior, empañadas, alfalfa, lechuga, escarola, hojas de zanahoria, patatas partidas, calabaza y alguna rebanadita de pan, segun el apetito.

(Concluirá.)

Curaciones obtenidas con la Medicacion balsámica completa de D. N. F. A.

(Continuacion de los casos prácticos.)

CARIES EN UN DEDO.

A mediados del próximo pasado Abril, hallándome adobando clavos, habia uno de ellos que estaba resaltado. Solté el martillejo y cogí el martillo de adobar herraduras con objeto de dar más fuerte el golpe. Hicelo así; pero con tan mala fortuna, que resbaló el martillo y toda la violencia que llevaba la recibió el dedo pulgar de mi mano izquierda, entre la yema y la uña. El dolor fué tan intenso como puede suponerse, y el primer resultado aparente de esta contusion fuertísima consistió en la presentacion de una vejiga llena de sangre negra.—Pasado el primer dolor, seguí trabajando; pero como la vejiga iba creciendo y me molestase, la reventé con lo que más á mano tuve, con un alfiler, cometiendo así el primer error en el tratamiento de aquella contusion que no debí despreciar nunca.

Al dia siguiente, aunque sentia bastante incomodidad, seguí trabajando, y continué hasta que, pasados unos dias más, se desarrolló una verdadera inflamacion que hizo inevitable el trabajo piogénico, y tuve que recurrir á las cataplasmas emolientes.—Estando iniciándose la supuracion, fui llamado á Pajares (pueblo anejo) para corregir la fractura de un brazo en un buey; y no siéndome posible manejar la mano por los dolores que sufría, cogí la lanceta y con ella di salida á un poco de pus que se hallaba ya formado. Acto continuo procedí á operar al buey, que curó antes que yo.

En la tarde del mismo dia vino á verme el médico y me sajó el dedo (segundo error), no obteniendo más que sangre. Pero á poco tiempo por el fondo de esta saja asomé una carne fungosa, que salió al exterior y, comprimida por la

piel dura y callosa del dedo, formó hernia, haciendo inevitable el desbridamiento y la excision (con las tijeras) de toda la fungosidad que rebasaba los bordes de la herida.—Los dolores eran atroces, y dispuso el médico la aplicacion de unas sanguijuelas, que me dieron mal resultado. La inflamacion, lejos de disminuir, invadió todo el dedo, la muñeca y el brazo, y al fin terminó por supuracion, que se abrió paso por dos puntos á la vez; de modo que me encontré con tres úlceras: una por la parte superior de la uña, otra por la inferior, y además la constituida por la saja.

El tratamiento, dirigido en aquellos dias por el médico, consistió en cataplasmas emolientes, curar las úlceras con tintura de mirra y cerato simple, y cauterizar las fungosidades con el nitrato de plata.—Nada adelantábamos.

Entonces me tomé la libertad de aconsejar al médico las aplicaciones del bálsamo anticólico; pero él no creyó oportuno mi consejo. ¿Por qué rechazaba el bálsamo? En cambio, á mi me estaba pesando cada dia más el no haber recurrido á este medicamento. Así es que, desde aquella fecha comencé á sustituir la lintura de mirra por el bálsamo anticólico; pero esto se efectuaba de una manera incompleta, pues el médico me hacia la cura por la mañana segun su plan, y únicamente por la noche era cuando yo podia emplear el bálsamo; resultando así un retardo grande en la accion terapéutica del anticólico, de lo cual no me apercibi yo hasta mucho despues, como se verá más adelante.

Así trascurrió el primer mes, con la única ventaja de haberse calmado algun tanto los dolores. Pero como la necesidad de trabajar me asediaba, no fueron pocas las veces en que me vi precisado á hacerlo; á cuyo efecto tenia que sujetar los clavos cogiéndolos entre los dedos índice y medio. De suerte, que la lesion se hizo crónica, las úlceras no cicatrizaban en firme, y cuando alguna dejaba de supurar se me inflamaba hasta el brazo.

Yo sospechaba si la falange estaria cariada; pero el médico lo negaba rotundamente, apoyándose en la falta de olor característico y en el buen aspecto que ofrecian las úlceras todas las mañanas.—Aqui se cometió un tercer error, consistente en no revelar yo al médico la causa de ese buen aspecto y la ausencia del olor que él echaba de menos: el bálsamo anticólico estaba sirviendo (digámoslo así) de contrapeso, durante la noche, á la impotencia de la tintura y del cerato aplicados durante el dia.

Encerrado el tratamiento en esta especie de círculo vicioso, la curacion no progresaba, y llegué á dudar de la eficacia del bálsamo y de

todo. Me entregué á todo género de tonterías terapéuticas, é indistintamente me apliqué todos los *específicos* que me aconsejaban: bálsamo de Lopez, unguento de Roma, parches de Fuentespina, etc. etc.

Así fué pasando el tiempo; y como me encontraba sin mancebo, aunque venian á ayudarme unos compañeros, de vez en cuando no tenía más remedio que ponerme á herrar, resultando de ello mil alternativas de alivio y de recrudescencia en el mal que me aquejaba. Hasta que, por último, fui á consultar con un médico de Riaza, y este me dijo lo que yo sabía á ciencia cierta: que había caries. Pero añadió *que tenía que perder la falange interesada*; aconsejándome que usara las inyecciones de tintura de iodo y el unguento de bálsamo peruano, y que no hiciera más ni menos. —Hice todo esto presente al médico de mi pueblo, al que había estado encargado de la curacion, y aprobó y dió por bueno el dictámen del de Riaza.

Sometiéndome á esta uniformidad de pareceres, puse en práctica (por unos dias) lo que se me aconsejaba; pero los resultados no pudieron ser más infelices. Lejos de dilatarse las úlceras (que es lo que hacia falta en primer término), se estrecharon; las inyecciones iodadas me producian un escozor vivísimo; el brazo se me inflamó mucho, y los tendones se retrajeron al extremo de que parecia mi brazo un arco de violin. En vista de esto ¿cómo habia yo de insistir en el mismo tratamiento? Se necesitaba estar loco!....

Aunque demasiado tarde, refugié toda mi esperanza en el bálsamo anticólico, y dos veces al dia le inyectaba por las úlceras, que se habian hecho fistulosas. Es verdad que la curacion radical tardó algunos dias en operarse; pero el resultado fué enteramente conforme á lo que yo tenia observado hasta la saciedad. La parte cariada del hueso fué eliminada por el bálsamo, y la parte sana quedó intacta; corroborándose de este modo la afirmacion que hace el prospecto de la *medicacion balsámica* (pág. 12 de la segunda edicion): «*destruye lo malo; conserva y fortifica lo bueno.*» —No he perdido más que parte de la falange, y por curiosidad conservo dos pedacitos de ella necrosados.

Tan luego como extraje dichos pedacitos, la cicatrizacion fué un hecho; y hoy está el dedo perfectamente bien, íntegro y sin más defecto que un pequeño abultamiento en su extremidad.

Por lo expuesto se verá lo que puede llegar á dar de sí una causa que al principio no ofrecia gravedad ninguna. —Yo hice mal en no recurrir desde el primer instante á la lechada del

bálsamo de salud (y mejor aun, á la cataplasma hecha con miga de pan y esa misma lechada); que en todo caso, si la lesion del hueso era realmente grave desde su principio, las aplicaciones del bálsamo de salud hubiesen dejado el camino muy expedito para el empleo ulterior del bálsamo anticólico.

No quiero pasar en silencio una circunstancia que ha debido secundar poderosamente la accion del bálsamo anticólico, y es: que en los últimos tiempos tuve ya proporcion de un mancebo y pude abstenerme de trabajar. Pero esta circunstancia es imposible que figure sino como un buen auxiliar del tratamiento. Tambien otras veces descansé, y la curacion no se obtuvo ni se indicó siquiera. El descanso, sin el anticólico, no hubiera destruído la caries ni eliminado las porciones de hueso necrosadas. Y por otra parte son harto notorios los casos evidentes en que se ha demostrado esta misma accion salutarifera del bálsamo anticólico.

Un consejo se me ocurre dar á mis profesores, por si llegan á encontrarse en la necesidad de aprovechar las excelentes propiedades del bálsamo en cuestion. Este consejo ya está dado en el prospecto de la *medicacion balsámica*; pero confieso que no habia yo fijado en él toda la atencion que requiere. «*Para conseguir estos resultados y en breve tiempo* (dice el mencionado prospecto, pág. 6, nota 2, de la segunda edicion), *es de necesidad que cuando se haga uso del bálsamo no se haya empleado antes ningun otro medicamento, pues, de lo contrario, aunque seguramente ha de llegarse á obtener los efectos deseados, será con mucha lentitud.*» —Pues bien: esto que dice el prospecto es lo que á mí me ha sucedido; y aleccionado hoy por la experiencia, hallo que no puede menos de ser exacto el consejo. Por regla general, cuando se ha empleado ya otro medicamento, debe temerse que el bálsamo anticólico va á obrar, no sobre unos tejidos limpios de todo cuerpo extraño, sino sobre unos tejidos que tienen otro medicamento interpuesto, embebido en su trama orgánica, y en tal caso, el bálsamo anticólico tiene que empezar por eliminar ese otro medicamento que le estorba, que limita su accion, que le embaraza. De aquí la *mucha lentitud* en los resultados. ¿Y si el medicamento que se habia usado antes, fué antagonista del bálsamo?... Entonces esa lentitud tendrá que ser mucho mayor todavía.

El Fresno y Noviembre de 1876.

JOSÉ MILLÁN